



VIKINGOS:
LA CONQUISTA DE ITALIA

ROCCO

HACHA SEDIENTA



GIEBERZ

ediciones
Assisi



DIEGO FURBATO



DIEGO FURBATTO

VIKINGOS:
LA CONQUISTA DE ITALIA

ROCCO

HACHA SEDIENTA



ediciones
Assisi

Furbatto, Diego

Rocco Hachasedienta: Vikingos: la conquista de Italia / Diego Furbatto; ilustrado por Galle Baez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Assisi, 2019.
160 p. : il. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-3992-68-1

1. Literatura Fantástica. 2. Literatura Medieval. I. Galle Baez, ilus. II. Título.
CDD A861

Fotografía: *María Candela Furbatto*

Ilustraciones: *Javier Galle Báez*

✉ javierbaez72@gmail.com

📍 /Huellas-del-Lobo-Art

Más info en www.letgrin.com.ar

Seguinos en

📍 /DiegoFurbatto

🐦 @Letgrin

📧 @letgrin

✉ letgrin@gmail.com

Todos los derechos reservados por

© EDITORIAL SANTA MARÍA

Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir y encuadernar en febrero de 2019

Instituto Santa María de Artes Gráficas (ISMAG)

Hecho el depósito que señala la ley 11.723

ISBN 978-987-3992-68-1

Todos los derechos reservados por

© **Ediciones Assisi**

Av. Directorio 3755/59 - (C1407HFE) - Ciudad de Buenos Aires - Argentina

☎/Fax: (54 11) 4671-0110 (líneas rotativas)

E-mail: edicionesassisi@gmail.com / www.edicionesassisi.com.ar



Queda prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de esta publicación, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

A mi esposa, Marcela Somer.

AGRADECIMIENTOS

*A los hermanos Perfetti, Lucas y Matías, por confiar en mí.
A Diego Di Matteo, por su primera mirada y su aliento.
A Mick Carlomagno, por su presente mirada estética.
Y como siempre, a Carlos E. Ferro por sus palabras,
por su estímulo y, sobre todo, por su ojo crítico.
A Rob, por la investigación;
y al Galle, por las magníficas ilustraciones.*

A los héroes de Malvinas.



Las Malvinas son Argentinas



PRÓLOGO

Conocí a Rob, Roberto Ricci, a mediados de 2013 en una feria medieval en Lomas de Zamora. Pocos meses después, cuando se editó *Letgrín de Eumeria*, él compró el primer ejemplar, que le entregué en el Principado de Lanús.

En febrero nos encontramos de nuevo, esta vez me invitó una cerveza y me regaló una pipa de Llaolao, hecha por él. Ese día descubrimos que teníamos algunas cosas en común, yo jugaba fútbol con su hermano y un amigo de su infancia. A partir de ahí, comenzamos a vernos con frecuencia, él llevó su arte en pipas a las ferias medievales y compartimos el stand cada vez que pudimos.

Cuando se mudó al Valle del Boquerón, entre cenas y pipas, comenzó a perfilarse la historia de Rocco. Primero como una leyenda de familia, más tarde, como una aventura que podríamos vivir juntos.

En esos días el Galle Báez se sumó a esas cenas y charlas, y poco a poco fue parte y su arte, hoy, ilustra la obra.

ROCCO HACHASEDIENTA

Esta es la historia que me contó Rob durante cuarenta noches; así la escuchó de su abuelo y éste del propio. Es la vida de su antepasado, el primer hijo de normandos nacido en Nápoles en el año 1035, bajo el nombre de Rocco, sin el mote “Hachasedienta”, con el que se lo conocería mucho después tras su paso con los piratas del Mediterráneo.

Lectores, he completado las lagunas con dramatizaciones de mi invención, pero los hechos que se relatan son tal cual se cuenta en la familia.

Esta es la verdad tal como aconteció, muchos años antes de que se transformara en leyenda.



“Cuando muera dirán de todo,
horteras miserables y comadres.
Con fervor me pasearán de las nubes al lodo,
me llamarán verdugo y salvador,
la gran legión de desagradecidos dirá,
con sarcástica indiferencia,
olvidando favores recibidos...
¡El finado vivía en la opulencia!”

Dr. Roberto Francisco Liberato Ricci
12/12/1900 - 29/12/1971



CAPÍTULO 1

*Fue lo más duro que debí hacer en mi vida,
y lo hice tarde.*

1056 d.C.
Memorias de Rocco

Encalló el barco en la costa y saltaron a tierra. En pocos instantes, la horda de piratas corría por la playa del sur de Franquía hacia el acantilado. No era muy alto ni difícil de trepar, pero era el primer escollo y debían ganar la posición antes de que en la aldea pudieran tomar acciones defensivas.

Desde lo alto, un hombre vigilaba, listo para dar la orden. Los arqueros, ocultos, esperaban.

Rocco era el líder, un guerrero curtido a pesar de su juventud. Se sacudió la sal de su piel apergaminada por el sol, un hábito de tantos años en alta mar. Las botas evitaron que el agua mojara sus pantalones. Una espada se bamboleaba en su cintura con sus largos trancos y la enorme hacha de un filo resaltaba los músculos de los brazos que la esgrimían. A su lado Kull, su lugarteniente, se veía un poco más bajo y no tan ancho, pero no menos fiero. Piel de ébano y cabeza rapada, su rostro tatuado infundía terror desde lo lejos.

Mientras los hombres corrían, Rocco se detuvo y se volvió. El sol de la tarde se reflejó en su melena rubia. Confirmó que solo los hombres necesarios quedaran en el barco y el resto formara parte de la carga. Miró al frente y evaluó.

Un destello en lo alto, percibido por el rabillo del ojo, lo alertó. Dirigió la vista hacia el lugar, estudiando la situación. Nada indicaba problemas, pero no estaba tranquilo. Kull retrocedió hasta él.

–Allá, en los árboles –le señaló.

El nubio cubrió el reflejo del sol en sus ojos.

–¡Es una trampa! ¡Muro de escudos! –gritó.

Ambos corrieron hacia sus hombres. Unas decenas de cabezas se asomaron desde lo alto y, de inmediato, una lluvia de flechas cayó sobre ellos. Los pocos que no alcanzaron a cubrirse bajo el muro parecían puercoespines. El resto avanzó en un solo bloque, paso a paso, hasta la sombra del acantilado. Era una posición trabada, de momento.

–Debemos subir –gruñó Rocco.

–Costará muchas vidas –advirtió su amigo.

Llevaban más de cinco años navegando juntos. Conocían el Mediterráneo como un granjero su huerta. Puertos, calas, tabernas, putas: nada escapaba a su conocimiento. Se debían la vida el uno al otro más veces de las que podían recordar; combatían hombro a hombro, complementándose con la sincronía que da la experiencia.

–Nos dividimos en tres grupos –ordenó Rocco y tanteó su cinturón, confirmando que la pipa estuviera en su lugar.

Los hombres actuaron con habilidad. Lejos de ser piratas desorganizados, eran soldados entrenados, de un centenar de razas, duros. Sobrevivientes. Los defensores ya no tenían ángulo para las flechas, ensayaron dejar caer piedras sobre los piratas, pero no eran muy grandes y apenas los incomodaron. Treparon bajo el ataque, defendiéndose y subiendo, gritando con fiereza para darse ánimo. Los tres grupos alcanzaron la cima más o menos al mismo tiempo, con unas cuantas bajas en cada uno. Estaban divididos y al llegar descubrieron que el ascenso no había sido lo peor: al menos cincuenta soldados los estaban esperando. Intactos, descansados y bien pertrechados con armaduras, petos, cascos, cotas de malla, lanzas, y espadas. Los líderes invasores se miraron a la distancia.

Al este Kull, en el centro Rocco y al oeste Pietro, el hombrecito divertido, mejor ladrón que soldado, pero astuto estratega. No les quedaban muchas opciones. Atacaron.

Los defensores resistieron la carga a pie firme, aunque tenían miedo. Se notaba en la voz de su líder y Rocco lo aprovechó al máximo. De a poco sus hombres, bañados en sangre, fueron inclinando la balanza a su favor.

Sonó un cuerno, potente, urgente. Los defensores se abrieron hacia los lados y entonces, desde una decena de metros atrás, soltaron a los perros. Horribles, babeantes, sedientos de sangre y hambrientos.

La lucha se equilibró y poco después, los soldados atacaron. Un poco más frescos, envalentonados. Los piratas eran apenas la mitad de los que habían desembarcado. El polvo velaba el sol y secaba las gargantas; la sed era más dolorosa que las heridas. El canto de los agonizantes de uno y otro lado era un lastimero suplicio.

Rocco temía que llegaran refuerzos.

El líder de los defensores no entendía cómo no se agotaban y podían seguir combatiendo. Ya no había tres grupos, todos se entrecruzaron. De pronto Kull estuvo al lado de Rocco y se interpuso en un lanzazo. Pareció recibirlo por él y luego se alejó, oculto por el polvo en el aire.

Rocco derribó un soldado y su caída le dio un respiro. La batalla no estaba decidida, sus pérdidas eran grandes y una retirada no haría más que incrementarlas. Debían vencer.

Vio a Pietro aparecer y desaparecer entre combatientes y buscó a Kull. No estaba. Bloqueó una estocada, retrocedió y contraatacó, pero sus ojos buscaban a su amigo. Pateó un enemigo y clavó la hoja del hacha en su pecho. Hizo presión en el cuerpo con su pie y tiró hasta liberarla. Sus ojos buscaban.

Y lo encontró. Caído. Sin moverse.

La furia que lo había hecho temible lo invadió, su grito paralizó a los contendientes y entonces arremetió. No sintió cortes ni golpes; a su paso, un reguero de sangre tiñó la tierra. Cabezas segadas de sus cuerpos rodaban por el suelo. Sus hombres sintieron su poder y redoblaron el esfuerzo.

La defensa se quebró y los pocos sobrevivientes corrieron por sus vidas. Algunos piratas tomaron los arcos y les dispararon; unos pocos cayeron. Rocco se detuvo, miró a los lados: solo ocho de sus hombres estaban en pie, y heridos, algunos de gravedad. Se sacudió la consternación con un movimiento de la cabeza y corrió hacia Kull. A su lado yacían dos enormes

perros negros, uno con la cabeza cortada. Estaba rodeado de cuerpos, pero el suyo era una carnicería.

Parte de las piernas había sido arrancada a mordiscones, un brazo colgaba casi desmembrado por debajo del codo. Un tajo en el rostro le había hecho perder un ojo, y varios lanzazos habían dejado su vientre abierto.

–Aún vive –dijo Pietro a su lado, sacándolo de su estupor.

–Trae un curador –ordenó.

–No tiene sentido. Alivia su sufrimiento ahora.

–¡Trae un curador!

Pietro no se movió. Rocco se arrodilló, levantó la cabeza del nubio, apoyándola en sus piernas, y lo acarició. Kull abrió el ojo, ensayó una sonrisa e intentó hablar. Tosió en rojo.

Pietro le alcanzó una bota con vino. El normando le dio de beber. Kull se atragantó y los espasmos lo hicieron perder el conocimiento. Apenas respiraba.

–Alivia su dolor.

Rocco, de rodillas, no respondió. Solo tenía ojos para él. Derramó lágrimas silenciosas. Los piratas esperaban, vendándose las heridas, bebiendo. Nadie se reía. No había nada que festejar, ni había botín.

–¿Volvió el explorador? –preguntó Pietro yendo hacia ellos.

–No aún.

–Junten armas y pertrechos, propios y de ellos, hagan una pila aquí. Que los heridos descansen; el resto, a trabajar.

Rocco continuaba inmóvil. Kull abrió el ojo otra vez, sus miradas se encontraron, pero esta vez Rocco no entendió lo que le quería decir. O no quiso entender.

Regresó el explorador. La pila de armas y escudos brillaba al sol; unas pocas monedas eran el magro resultado del saqueo.

–No hay aldea. Fue una trampa –le informó Pietro en voz baja.

Silencio.

–Ordenaré que carguen todo en el barco. Perdimos otro hombre.

Sus palabras no perturbaron la silenciosa conversación en la que no iba ni volvía ningún mensaje. Pietro se alejó.

–Tú –indicó al más herido–, súbete a esa piedra y vigila. El resto, lleven todo al barco. Nos vamos.

Aguardó mientras sus órdenes se llevaban a cabo, se acercó al borde y miró el mar. Los habían traicionado; alguien lo pagaría muy caro.

Las aves de rapiña volaban de cuerpo en cuerpo, y los carroñeros de tierra también comenzaban a atreverse. Un cuervo, más osado que el resto, picoteó al nubio, que se sobresaltó. Rocco le gritó y el ave se alejó. No mucho.

La tarde avanzó, la respiración de Kull no había variado: era fuerte, su padecimiento sería largo. Los piratas habían cargado el barco, el vigía había dado su último aliento en la piedra.

–Están embarcando –avisó Pietro–, en breve caerá la noche. Los carroñeros serán peores.

–Vete –respondió–, no lo abandonaré.

–¿Sabes qué dirán si no vuelves?

–Los buscaré, sé dónde encontrarlos.

–Reconsidera.

Silencio.

Pietro puso su mano en el hombro de Rocco.

–Te daré todo el tiempo que pueda.

El normando lo miró. Sus ojos le dijeron que lo comprendía.

Las sombras se alargaron, Kull tenía su ojo cerrado, continuaba respirando con espasmos entrecortados, buscando aire a borbotones. Seguía sufriendo. Los carroñeros cantaban su cacofonía de graznidos y ladridos.

De pie, vio el barco dar la espalda a la costa y adentrarse en el Mediterráneo, antes de dirigir la proa hacia su destino. Eso lo harían cuando la noche o la distancia ocultaran su dirección.

Un nudo en la garganta no le permitía respirar; una opresión en el pecho, un dolor que jamás había sentido y hacía que su corazón cabalgara desbocado. Un sudor frío perlaba su frente, le escocía la nuca y temblaba su mano. Síntomas evidentes de que la hora de lo inevitable había llegado. Su falta de valor prolongaba la agonía de Kull más allá de lo imperdonable.

El clamor de mil almas muertas en batalla le reclamaban con una única palabra: cobarde.

Se arrodilló y Kull abrió el ojo.

–Hazlo –balbuceó.

Tomó el puñal, lo puso sobre el pecho del negro y apretó hasta la empuñadura. Ni un gemido, ni un sonido. Solo una sonrisa de alivio y una última exhalación débil.

–Buen viaje.

Pietro le había dejado leña del bosquecito, toda la que habían podido juntar. No era mucha, no alcanzaría, pero no se quedaría a verlo.

Lo depositó encima de las ramas secas, encendió el fuego y cuando las llamas envolvieron el cuerpo, juntó sus pertenencias y caminó, siguiendo el rastro de los soldados que los habían emboscado.

Mientras caminaba palpó su cintura, verificando que la pipa estuviera en su lugar.

